



RAFAEL MORENO IZQUIERDO

LOS NIÑOS DE RUSIA

La verdadera historia de una
operación de retorno

CRÍTICA

Rafael Moreno Izquierdo

Los niños de Rusia

La verdadera historia
de una operación de retorno

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2017

Los niños de Rusia. La verdadera historia de una operación de retorno
Rafael Moreno

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rafael Moreno, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-98-1
Depósito legal: B. 11654 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Black Print

Índice

| | |
|--|-----|
| <i>A modo de presentación</i> | 9 |
| 1. El sueño cumplido | 15 |
| 2. Oscuros contactos | 31 |
| 3. ¿Y cómo lograron salir de Rusia? | 51 |
| 4. Franquistas en el corazón del Kremlin. | 67 |
| 5. París, escenario de las negociaciones secretas | 81 |
| 6. Franco cambia de estrategia | 95 |
| 7. Seguridad, seguridad, seguridad | 123 |
| 8. Viejos comunistas también reniegan de Stalin | 159 |
| 9. Los «desertores» de la División Azul. | 177 |
| 10. La puerta se cierra | 199 |
| 11. Un filón de oro para la CIA | 221 |
| 12. Útiles para la guerra psicológica | 269 |
| 13. El regreso de los inadaptados | 285 |
| | |
| ANEXO 1. Informes policiales: «Historiales y personas destacadas» | 307 |
| Arturo Fernández Prieto | 307 |
| Saturnino Rodríguez González | 323 |
| Eustaquio Morancho Ibáñez. | 343 |
| Joaquín Calabuig Donat (a) <i>Sargento</i> | 362 |
| José Alonso Campo | 369 |
| Manuel Gómez Zapatero | 374 |
| José Goixart Llovera. | 379 |
| ANEXO 2. Informes policiales: «Sospechosos, inadaptados y peligrosos» | 383 |
| José Laín Entralgo | 383 |
| Enrique Aguilar de Viguri. | 397 |

| | |
|--|-----|
| José Frías González Novells | 400 |
| José Cenitagoya Echeandía | 413 |
| Julia Alaiz García | 416 |
| Rosendo Ansejo Villaplana | 418 |
| Manuel Arce Porres | 421 |
| Máxima Vizcarguenaga Bilbao | 424 |
| ANEXO 3. Informes policiales: «Adaptados, satisfechos y colaboradores» | 429 |
| José Andrés Guanter | 429 |
| Eusebio Inda Uranga | 432 |
| Francisco Alonso Martín | 435 |
| Antonio Ramírez Hernández | 438 |
| José Antonio Mauricio García | 444 |
| ANEXO 4. Estadísticas y otros documentos | 447 |
| 1. Primera expedición, 28 de septiembre de 1956. | 448 |
| 2. Segunda expedición, 22 de octubre de 1956. | 449 |
| 3. Tercera expedición, 23 de noviembre de 1956 | 449 |
| 4. Cuarta expedición, 18 de diciembre de 1956. | 450 |
| 5. Quinta expedición, 22 de enero de 1957 | 451 |
| 6. Sexta expedición, 29 de mayo de 1957. | 452 |
| 7. Censo aproximado de españoles que llegaron a la URSS entre los años 1937 y 1956 y los fallecidos hasta 1957. | 453 |
| 8. Datos oficiales a finales de 1957 respecto a repatriados españoles de la URSS que regresaron a Rusia o solicitaron salir de España. | 454 |
| 9. Lista de repatriados elaborada por el PCE con supuestos agentes o colaboradores del partido en España. Sin fecha. | 455 |
| ANEXO 5. Documentos | 459 |
| <i>Notas</i> | 465 |
| <i>Fuentes y bibliografía</i> | 481 |
| <i>Abreviaturas y acrónimos</i> | 489 |
| <i>Índice alfabético</i> | 491 |

1

El sueño cumplido

Durante la noche y durante el día hace mucho calor. Nos dicen que llegaremos a Valencia entre las 3 y 4 de la tarde. Veo cómo se está arrojando por la borda todo lo que se considera inservible. Veo tirar panes al agua por parte de la tripulación del barco. Desde el mediodía estamos viendo pequeños barcos pesqueros que van en aumento. Todo el mundo está en cubierta mirando hacia el horizonte buscando ver tierra española... por fin hoy, día 28 de septiembre, vemos tierra española después de veinte años de ausencia. Todo alrededor se alborota, ya pronto llegamos. Se ve Valencia, el rompeolas, hemos llegado.

Así anotó Cecilio Aguirre Iturbe, con escasamente 27 años, en su diario de viaje las sensaciones que se agolpaban en su cabeza y en su corazón cuando, a bordo de un abarrotado *Crimea*, llegó a España el 28 de septiembre de 1956. Aunque apresuradas, sus palabras han sido escogidas hábilmente para describir ese momento. Habla de ausencia, no de exilio ni de retorno. En la tercera entrada de este escueto pero emotivo diario, correspondiente al día 22, es capaz de volver a explicar con acierto sus sentimientos cuando abandona la Unión Soviética: «Son las seis y cuarto de la mañana cuando se pone el barco en marcha, rumbo hacia nuestros sueños. En el puerto no hay nada a esas horas, salvo tres muchachos rusos casados con españolas que no tienen derecho a salir del país y un locutor de la radio narrando la salida del barco diciendo: «Miles de Odesitas se despiden en estos momentos del barco y de los españoles». Con delicadeza, resalta la ficción que está viviendo. Mejor dicho: de la que ha sido protagonista durante muchos años, casi desde que salió en plena guerra civil del puerto de Santurce (Bilbao), junto con sus hermanos, bajo la promesa de huir de los sufrimientos, para regresar pronto. Aquella ilusión, sin embargo, se alargaría como si no tuviera final. El diario resume de

forma sencilla y directa las vidas de la mayoría de los españoles que, por una razón u otra, se repatriaron o exiliaron a la Unión Soviética como consecuencia de la contienda civil y decidieron regresar a España cuando pudieron a finales de los años cincuenta. Ellos querían cerrar una «ausencia», sin lecturas políticas, sin adjetivos. Volver a España, a su patria, no a una nación de unos u otros sistemas políticos. La travesía, que cruza el estrecho del Bósforo y el Mediterráneo, duró escasamente seis días, pero el hacinamiento y el mal estado del mar, unidos a la ansiedad por llegar al destino, los convirtió en una verdadera pesadilla. El día 26 escribió:

El tambaleo del barco llega a su punto de culminación, Paquí [su mujer] está en cama con fiebre altísima, padece de anginas. Todo el mundo está echando las tripas, yo me defiendo como puedo con Maite y Juan [sus hijos] y no tenemos ningún síntoma de mareos. A este barquito lo llaman «el botijo viejo».

En los días siguientes las cosas no mejoran a pesar de acercarse a las costas de España. «No vemos más que gente que ha perdido el color de la cara y las fuerzas y que solo tiene ganas de que se acabe este martirio.» A unas horas de entrar en aguas españolas, todo el mundo se prepara. Se cambian las mudas de las camas. Se ofrecen duchas para quien lo necesite e incluso se pinta el barco para causar buena impresión y lograr que se parezca de verdad al elegante buque que aparece en el billete de embarque: dos grandes chimeneas, un puente amplio y elegante, un alto palo mayor donde se iza la bandera española y, un poco más bajo, en un mástil menor, la soviética, con la hoz y el martillo bajo un fondo rojo.

Por azar o precaución, el buque llega frente a la bocana del puerto de Valencia con algo de adelanto, sobre las dos y media de la tarde. El capitán de corbeta Antonio Martínez Bolufer dirige con maestría las operaciones de atraque en el muelle interior de la dársena del transversal de poniente, donde se han agolpado centenares de personas, entre familiares, curiosos y policías. Ni un representante destacado del gobierno español, si exceptuamos al gobernador civil, Jesús Posada Cacho. Para Franco, que unos españoles quieran regresar voluntariamente a su patria desde «el paraíso del socialismo» no merece ni un gesto político de calado. El régimen da instrucciones de que la prensa recoja el asunto sin extravagancias. Y así se hace. El diario barcelonés *La Vanguardia*, por ejemplo, publica la noticia, elaborada por un corresponsal, en la cuarta página, junto a una extensa lista de todos los que llegan. La emoción cuando el barco se acerca se intensifica. Agolpados en la cubierta, todos los retornados saludan con la mano y ondean de manera ansiosa sus pa-

ñuelos para facilitar que los localicen sus conocidos desde la distancia. Algunos incluso levantan a sus hijos en alto, como queriéndoles mostrar la tierra ansiada y diciéndoles: «¡Esta, hijo mío, es España!». La algarabía de voces gritando nombres y apellidos llega a su cénit a las tres, cuando las amarras se tensan, se coloca la primera pasarela y sube una delegación de la Cruz Roja Española encabezada por su presidente, Manuel Martínez de Tena, para saludar a sus colegas soviéticos y al capitán de buque. Mientras los retornados se preparan y ante la ansiedad de todos, los alta-vozes del buque empiezan a anunciar los nombres de los repatriados por el orden que deben desembarcar. El primero: Cecilio Aguirre Iturbe. «Me ponen un micrófono delante y quieren que diga algo... para discursos estaba yo en esos momentos, pero algo pude decir», reseña en su diario. Según las crónicas periodísticas, habló atropelladamente, tan emocionado que la voz se entrecortaba: «Tenía muchísimas ganas de volver. ¡Viva el pueblo español! ¡Viva España!»— y se lanzó a tierra por la pasarela—. Detrás de él, comienzan a bajar el resto de los 538 pasajeros. Al terminar la escalerilla, se funden en abrazos con los que están en tierra que, con facilidad, rompen el cordón policial. En una mesa situada cerca del barco, la Cruz Roja ha dispuesto bocadillos, refrescos, vasos de leche, caramelos y cigarrillos, aunque los que llegan no están para esas cosas. Cecilio tiene aún una misión más que cumplir antes de sentirse totalmente libre. En Moscú, había prometido a uno de los españoles que aún esperaban la autorización para volver a España que entregaría una carta a los representantes de la Cruz Roja, con el objetivo de que se la hicieran llegar a las autoridades españolas. La misiva, que Cecilio se había cuidado de esconder durante el trayecto, iba destinada al secretario general del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta, uno de los falangistas más influyentes del franquismo. La había escrito Ramos Molins, jefe del Estado Mayor del XVIII Cuerpo del Ejército de la República, que había sido detenido y acusado de espionaje. En 1948 fue condenado a diez años de prisión. Exiliado en Rusia, sería liberado pocos días antes del inicio de las repatriaciones, pudiendo regresar a España en la tercera expedición, que arribó a Castellón de la Plana el 23 de noviembre. Su carta decía así:

Tenemos el honor de dirigirnos a S. E. para transmitirle un encarecido ruego de nuestros camaradas que, en espera de su repatriación, aún se encuentran en Rusia. Existe entre ellos el temor, a nuestro entender justificado, de que, con motivo de nuestra llegada a España y a consecuencia de las cosas que van a ser conocidas, la prensa española comience a publicar material sobre nuestro estado de ánimo, vicisitudes, hechos y pormenores de la vida en aquel

país. El carácter de las cosas publicables no puede menos que irritar sobremanera a los organismos soviéticos. Tenga S. E. en cuenta que esta juventud española fue educada como «una reserva de oro del Partido Comunista de España», empleando la frase tantos años común con nosotros para calificarlos. Existen también viejos cuadros del partido que desde hace años hicieron causa común con nosotros y nos orientaron por rutas completamente opuestas. Unos y otros podemos ser una fuente de desenmascaramiento de las más efectivas por su indudable autoridad. Ahora bien, iniciar esta campaña prematuramente e irritar a los organismos que se han avenido [*sic*] a repatriarnos —por causas políticas bien conocidas y no por respeto a los hombres y a sus ideas; menos aún por respeto a las leyes o por razones de humanidad y comprensión— podría acarrear unas consecuencias nefastas para las expediciones que quedan por venir. Los dirigentes soviéticos no se irritan en vano. Y por la decisión represiva más dracónica [*sic*] no hace falta más que una frase por teléfono. Nuestro deber es hacer todo lo posible por traernos a todos los compatriotas que desean volver. Y por arrancarles aquellos camaradas que siempre estuvieron al frente de este movimiento, por nosotros llamado «españolista», que ya tuvieron que sufrir por esta causa muchos años de cárcel y de campos de concentración, y que liberados este año al finalizar sus condenas, de nuevo encabezaron el afán de regreso con no menos decisión que antes de ser represaliados. Estos camaradas aún están allí. Y el peligro de que se ensañen con ellos es bien real, dada la forma como se les mira y el trato que se les da.

A nuestro entender no poseemos más armas para lograr nuestros fines, que un poco de astucia para aprovechar las circunstancias actuales. Y conseguir, de momento que la prensa española continúe manteniendo el tono ponderado que hasta hoy ha caracterizado las breves noticias publicadas. En ellas se hablaba exclusivamente de nuestra alegría de regresar a la patria y reunirnos con nuestros familiares, sin conclusiones políticas de más fondo. El tono de ponderación creemos que debe ser mantenido hasta el último español de los que esperan regresar abandone el territorio de la URSS.

Es indudable que para esto no podemos confiar en una consciente moderación de cada uno de nosotros. Al contrario, cada uno está deseando contar a familiares, amigos y a todo el que quiera oír, lo que llevamos dentro. Menos aún podemos cambiar en una comprensión de la que exponemos por parte de los periódicos ávidos de material sobre la vida en la URSS y con la posibilidad de conseguir en abundancia insospechadas y de fuentes que no pueden ofrecer dudas. Por esto, tanto los que llegamos como los que quedan dependen de la ayuda esperada. Y que S. E. podría retener mediante alguna directiva a la censura o a la prensa durante el corto período de tiempo necesario la aparición de comunicados comprometedores para los que aún están en la URSS y que de perder la oportunidad de regresar por las causas ya citadas serían expuestos a un castigo tan severo como inútil para los fines que nos son comunes.

No nos queremos extender en exponer nuestro agradecimiento a las autoridades españolas por todo lo que han hecho por nosotros. Este agradecimiento lo lleva cada uno pintado en la cara. Pero sí creemos necesario excusarnos ante S. E. por si en el planteamiento de este ruego hay alguna incorrección debida a nuestra inexperiencia.

Dios guarde a V. E. muchos años.

En nombre de todos los que formaron parte de la primera expedición de españoles repatriados de Rusia.¹

Cuando pasan los primeros momentos de emoción y felicidad y se recupera el control de la situación, las autoridades explican que ninguno de los repatriados puede irse aún con sus familiares. Los adultos y niños —la mayoría de los más jóvenes habían salido durante la guerra civil de las provincias del norte— tienen que subir a 18 autobuses especialmente preparados y recorrer nada menos que 350 kilómetros. La siguiente parada: Zaragoza, la ciudad elegida por la policía y el Ejército para interrogarlos a todos y elaborar las fichas personales de cada uno, con fotografía y huellas digitales, debido que esta primera expedición ha viajado sin delegación oficial española que comprobara la filiación de los que regresaban. El lugar elegido para reunirlos es el Colegio de Huérfanos del Magisterio, situado en la zaragozana Gran Vía, cerca del parque Primo de Rivera. Una vez cumplimentados todos los trámites burocráticos, son libres de irse con sus familiares, incluso aquellas figuras políticamente destacadas. Irónicamente, entre este primer grupo de retornados se encuentran la madre y la hermana del comunista Jesús Hernández,^{* 2} quien, como ministro del gobierno de la Segunda República, jugó un papel determinante en la decisión final del envío de los menores a la Unión Soviética.

Rebobinemos un poco para entender la historia. Cuando hablamos de los niños de la guerra nos referimos normalmente a aquellos menores que,

* Jesús Hernández Tomás (Murcia, 1907-Ciudad de México, 1971) participó a los 14 años en la fundación del Partido Comunista de España. Al año siguiente ya era escolta personal del secretario general del mismo, Óscar Pérez Solís, e incluso participó en el atentado frustrado contra el socialista Indalecio Prieto. Desde 1930 fue miembro del Comité Central del PCE y posteriormente fue nombrado ministro de Instrucción Pública en el gobierno de Francisco Largo Caballero. Fue uno de los últimos dirigentes comunistas en abandonar el país. En 1939 se exilió primero a Orán (Argelia) y luego a la URSS, donde fue el representante del PCE en la Komintern. Sufrió un progresivo desencanto ideológico como consecuencia de la lucha interna dentro del partido por la sucesión del cargo de secretario general, tras la muerte de José Díaz, y la ascensión de Dolores Ibárruri que le llevó a abandonar la URSS. En 1944 fue expulsado del PCE. En 1945 se trasladó a Belgrado y, con el apoyo de Tito, fundó el Partido Nacional Comunista Español. Murió en México D. F., en enero de 1971.

entre 1937 y 1938, fueron enviados a la Unión Soviética por el gobierno republicano, con consentimiento de sus padres, para alejarlos de los horrores y las penurias de la guerra y, concretamente, de los bombardeos de la aviación nacional contra las ciudades y centros urbanos. Pero hay que reconocer que los niños que regresaron en las seis expediciones llevadas a cabo en 1956 y 1957 procedían de otros colectivos más diversos. Para entonces, los españoles que residían o se habían exiliado en Rusia eran muchos más que estos menores —y los maestros que los acompañaron— en lo que parecía un viaje con retorno fácil y cercano. En total, estaríamos hablando de alrededor de 7.000 españoles, de los que solamente unos 2.895 serían realmente niños (ciertas fuentes los elevan a 3.550, lo que parece desorbitado) y 150 educadores, de acuerdo con las cifras calculadas *a posteriori* por el gobierno franquista.³ El resto estaba conformado por la suma de cuatro grupos más o menos homogéneos y en distintas situaciones. * Tras los niños de la guerra —para alguno simplemente «jóvenes»—, de los que, según las cifras oficiales españolas murieron durante la segunda guerra mundial unos 1.300, el siguiente grupo más numeroso sería el formado por la denominada «emigración política».⁴ Es decir, aquellos dirigentes del PCE que el liderazgo comunista consideró imprescindible asegurar su supervivencia, para lo que organizó su exilio a Moscú con el objeto de seguir la lucha política y armada contra el gobierno de Franco. Conocidos como «los mayores», estos comunistas, algunos con destacada experiencia bélica, se trasladaron a la URSS en cuatro expediciones, realizadas entre abril y mayo de 1939, desde los puertos franceses de El Havre y Marsella, por una parte, y Argel, por otra. Con diferencia, en este grupo se encontraban los más comprometidos con los ideales comunistas y con la URSS. En la mayoría de casos, trabajaron en las estructuras políticas del Partido Comunista de España o del Partido Comunista de la Unión Soviética, o en sus órganos subsidiarios (Radio Moscú, etc.). Entre ellos, encuadraríamos a muchos miembros del Comité Central del PCE y a sus principales jerarcas, desde José Díaz[†],⁵ o Dolores

* En 1953, la dirección del PCE presentó un informe al Comité Central del PCUS y a la Cruz Roja Soviética con otros datos: emigración política, 891; estudiantes que fueron a escuelas de aviación, 157; marineros, 69; niños que marcharon en expediciones, 2.895; niños que marcharon con sus padres, 87. Total de adultos: 1.239. Total de niños: 2.982. Suma final: 4.221.

† Panadero de profesión, José Díaz llegó a ser secretario general del PCE y miembro de la Komintern hasta su muerte, en marzo de 1942, lo que desencadenó una lucha política dentro del partido de la que salió triunfal la Pasionaria frente a Jesús Hernández, debido a que contó con el apoyo, principalmente, de las autoridades soviéticas. Díaz inició su carrera política en 1917 al dirigir una huelga de obreros del pan dentro de la anarquista Confederación Nacional del Trabajo. Desde 1927, cuando salió de la cárcel, dedicó su

Ibárruri*,⁶ hasta Ernesto Castro. El tercer grupo en importancia es el denominado «pilotos y marineros», porque englobaba a unos 240 alumnos enviados por el Ejército republicano a la URSS para formarse como pilotos militares† y otros 500 de las dotaciones de los buques que se encargaban de recoger en la URSS material de guerra y provisiones adquiridas por la República para mantener el esfuerzo bélico. El final de la contienda española

vida a la construcción y desarrollo del Partido Comunista. En el IV Congreso en Sevilla, en marzo de 1932, fue elegido para el Comité Central y en septiembre fue nombrado secretario general del partido. Propugnó la idea del Frente Popular antes de la guerra civil y durante la contienda su principal objetivo fue la victoria militar. Stalin envió en secreto a su médico personal para revisar su mala salud y le diagnosticó un avanzado cáncer de estómago. En enero de 1939, fue trasladado vía marítima a Leningrado para luego viajar en ferrocarril a Moscú, donde fue intervenido. En 1941 y ante el avance alemán, se trasladó a Tiflis y en marzo del año siguiente, a los 47 años, se suicidó. Fue enterrado en el cementerio de la ciudad y su tumba se convirtió en lugar de visita y peregrinaje de exiliados españoles. En 2005, sus restos fueron repatriados por el PCE a Sevilla, ciudad que lo nombró hijo predilecto.

* Dolores Ibárruri Gómez (Gallarta, Vizcaya, 9 de diciembre de 1895-Madrid, 12 de noviembre de 1989), más conocida como la «Pasionaria», fue uno de los líderes más destacados del Partido Comunista de España. En sus inicios fue militante del PSOE, pero en 1921 participó en la escisión que desencadenó la fundación del PCE. En 1918, utilizó por primera vez el pseudónimo «Pasionaria» para un artículo publicado en la prensa obrera, titulado «El minero vizcaíno». Encarcelada varias veces por sus discursos y activa militancia durante los años veinte, fue elegida en 1936, ya en la época de la Segunda República, diputada del PCE por Asturias. La guerra civil aumentó su relevancia, llegando a ser un verdadero mito para sus seguidores. Suya es, por ejemplo, la famosa frase «¡No pasarán!», acuñada durante la defensa de Madrid. Abandonó España el 6 de marzo de 1939 para refugiarse en la Unión Soviética, donde recibió un trato de favor. Fue nombrada secretaria general del PCE en 1942 tras el suicidio de José Díaz. Su único hijo varón, Rubén Ruiz Ibárruri, murió defendiendo la estación central de Stalingrado. En 1960, fue elegida presidenta del partido dejando el cargo de secretario general en manos de Santiago Carrillo, quien, progresivamente, se alejó de los dictados de la URSS y favoreció una corriente más independiente, conocida como «eurocomunista». Tras la muerte de Franco, regresó a España y fue elegida diputada por Asturias en las primeras elecciones democráticas. Murió en Madrid en 1989.

† En la zona republicana, existieron dos escuelas de aviación principales, una situada en Sabadell (Barcelona) y otra en Alcantarilla (Murcia). La primera estuvo activa hasta el final de la guerra civil y servía como base operativa, centro de iniciación para las tripulaciones republicanas y punto de reunión de los contingentes de alumnos pilotos que salían con destino a la URSS. El aeropuerto, inaugurado en agosto de 1934 e importante por su posición estratégica, fue utilizado durante la contienda como base de la 4.^a Escuadrilla de Polikarpov I-15 «Chato», al mando del teniente Rico, hijo del entonces alcalde de Madrid, Pedro Rico, y también como taller para la fabricación, reparación y montajes de este tipo de caza de fabricación rusa (Servicio de Aviación y Fabricación SAF 3/16). El régimen de Franco cerró la escuela poco después de la guerra, aunque continúa en funcionamiento como un pequeño aeropuerto civil.

los sorprendió cuando se encontraban en Rusia: los alumnos,* en una de las escuelas de aviación de la ciudad de Kirovabad,^{†, 7} en el Cáucaso,[‡] y los marineros, en distintos puertos del mar Negro, principalmente. Ante la sorpresa de algunos, las autoridades soviéticas, con el pleno apoyo del PCE,^{§, 8} se negaron en redondo a que salieran del país —independiente-

* Es difícil estimar cuántos españoles viajaron a la URSS para aprender a manejar aviones militares (navegadores, ametralladores, bombarderos, observadores, etc.). Algunas fuentes calculan que hubo entre 700 y 800 miembros de las Fuerzas Armadas republicanas que, después de una breve formación teórica en España, fueron enviados a las escuelas militares soviéticas de Kirovabad (Azerbaiyán) y Rogan, cerca de Járkov (Ucrania). Está confirmado que el traslado se realizó en cinco grandes expediciones, divididas a su vez en grupos, desde enero de 1937 y hasta el final de la guerra civil. En ese momento se encontraban en la URSS cerca de 200 jóvenes, los últimos llegaron en enero de 1939. La salida de estos se llevaba a cabo en secreto para evitar el control y protestas del Comité de No Intervención, y durante la travesía en barco se les prohibía el contacto con el exterior para evitar la filtración de información, ante el miedo de que los siguieran espías al servicio de España u otros países fascistas. El temor llegó hasta el extremo de cruzar clandestinamente la frontera francesa por Portbou para embarcar en El Havre con destino a la URSS. La estancia fuera de España, duraba entre seis y siete meses. La mayoría fueron destinados a la Escuela de Aviación de Kirovabad, situada en la República de Azerbaiyán, en el Cáucaso, a unos 200 kilómetros de Irán.

† La 20.^a Escuela de Aviación de Kirovabad fue creada en enero de 1937 para entrenar a pilotos destinados a la fuerza aérea de la República y consistía en una instalación enorme compuesta por un complejo de seis edificios y cinco aeródromos. La ciudad de Kirovabad se encuentra entre Tiflis (actual capital de Georgia) y Bakú (actual capital de Azerbaiyán), en la parte norte del Pequeño Cáucaso. En cada uno de los edificios se instruía un tipo de avión diferente. Los primeros cadetes, en total 193, llegaron el 1 de febrero de 1937 y contaron con 416 profesores y auxiliares, una flota de 84 aviones y medio centenar de vehículos. Se calcula que llegó a formar al menos 500 pilotos de guerra. Los españoles fueron entrenados en el manejo de los I-16, I-15 y los bombarderos Katiuska, además del U-2, por ser estos los más utilizados. El coste de cada piloto, según fuentes oficiales, ascendía a unos 6.000 dólares, que fueron financiados por el gobierno republicano a cuenta del oro del Banco de España que se envió a Moscú.

‡ El Ejército Rojo ocupó Azerbaiyán en 1920 y tomó control de esta ciudad, que en esa época se llamaba Ganya. En 1935, Stalin la rebautizó con el nombre de Kirovabad en homenaje a Sergei Kírov. En 1991, tras la independencia de Azerbaiyán, la ciudad recuperó su viejo nombre, aunque actualmente se llama Guiandzhá. Es la segunda más grande del país, con unos 300.000 habitantes.

§ Como miembro del Comité Central del PCE, Pedro Martínez Cartón se reunió con los pilotos de Kirovabad en marzo de 1939 para señalarles que el partido los consideraba «españoles honrados y por eso se os pide que os pongáis a las órdenes del Gobierno soviético. Quién se oponga a los deseos del PCE no merece llamarse español». Los pilotos, según Cartón, debían comprender que fuera del PCE todos eran «traidores» y, si no querían serlo, debían mostrarlo poniéndose bajo las órdenes del gobierno soviético. Martínez Cartón, tipógrafo de *Mundo Obrero*, logró en febrero de 1936 un escaño por Madrid como diputado comunista en las Cortes Constituyentes, y posteriormente fue elegido

mente de que su destino deseado fuera la España de Franco u otros países— y se les incitó a que colaboraran con Moscú. Aquellos que se negaron fueron reprimidos y enviados a cárceles y campos de trabajo como castigo, en muchos casos en durísimas condiciones y lejos de Moscú, donde permanecieron hasta poco antes de regresar a España. En este grupo se pueden incluir también a otros 200 españoles que se encontraban en la URSS el 1 de abril de 1939 en comisión de servicio de la República para distintos cometidos oficiales (atención médica, compras, montaje de aviones, etc.).

En el cuarto y último grupo situaríamos al resto de españoles que se encontraban por una razón u otra en la Unión Soviética y cuya cuantía es difícil de fijar con certeza. Aquí incluiríamos a veteranos procedentes de la División Azul —fueran prisioneros de guerra y, por tanto, encerrados en campos de trabajo, delatores o colaboracionistas que se encontraban en libertad—, españoles que se habían enrolado como voluntarios en unidades del Ejército alemán y cayeron en manos rusas durante la segunda guerra mundial, además de otros exiliados en Francia enviados a Alemania para trabajar en sus fábricas e instalaciones y que también habían sido hechos prisioneros al final de la guerra. Por último, se incluye un grupo de once madres de niños que lograron llegar a la URSS para reunirse con ellos.⁹

EN BUSCA DE REFUGIO

El fenómeno del desplazamiento de refugiados —incluidos los niños— se produce casi desde el principio de la guerra civil como consecuencia del constante avance de las tropas de Franco, hecho que provoca oleadas de civiles que se retiran o trasladan a zonas más seguras, alejadas de los frentes de batalla. Los bombardeos indiscriminados de la Legión Cóndor enviada por Hitler para ayudar al bando nacional sobre ciudades vascas (San Sebastián, Irún, Durango, etc.) en la primavera de 1936 provocan

miembro del Buró Político y del Comité Central del PCE. Organizó milicias y guerrillas en Extremadura y más adelante, como comandante de la 16.^a Brigada en Ciudad Real, terminó con la resistencia de los sitiados en el Seminario de la Virgen de la Cabeza en mayo de 1937. Fue criticado por la dirección del partido por no haber podido evitar el levantamiento contra la Segunda República de Casado en Madrid, en marzo de 1939. Llegó a mandar la 64.^a División al final de la guerra. Fue uno de los últimos dirigentes comunistas que abandonó España, a bordo del buque *Stambrook*, que partió del puerto de Alicante poco antes de caer en manos de los vencedores. Tras la guerra, se exilió a la Unión Soviética y, más tarde, se trasladó a México, donde fue un activo colaborador de Negrín.

que el *lendakari* José Antonio Aguirre haga un llamamiento a la solidaridad internacional bajo el lema «¡Salvad a los niños de España!». En un primer momento, solo se pretende alejar a los menores de la primera línea, pero pronto es patente que esta medida no será suficiente. En Madrid, el gobierno de la República hace suya la propuesta y el presidente Largo Caballero firma el 6 de octubre un decreto por el que se crea el Comité de Refugiados, destinado a coordinar todas las actividades relacionadas con esta tarea. En la práctica, este cometido fue responsabilidad de la Dirección de Asistencia Social del Ministerio de Sanidad que, pronto, estableció campos de verano y colonias que, en la mayoría de los casos, se organizaron en las zonas del Mediterráneo, por ser las más seguras y, a la vez, contar con mejor clima. En su momento álgido, cerca de 50.000 niños estaban acogidos en un total de 560 colonias, la mayoría en régimen familiar.¹⁰ Poco después, estas actividades pasaron a ser responsabilidad del Ministerio de Instrucción Pública —¡ironías de la vida, como veremos!—. En mayo, la crisis de gobierno provoca la caída de Largo Caballero y el ascenso a la presidencia de Juan Negrín. El comunista Jesús Hernández se hace cargo de la cartera de Instrucción Pública y Sanidad y la responsabilidad de organizar la salida de los niños. Según escribiría años más tarde:

Cuando la guerra comenzó a agravarse en el norte de España, la URSS nos hizo la oferta de estar dispuesta a recibir a unos cuantos millares de hijos de combatientes para salvarlos de los horrores de los bombardeos y para educarlos convenientemente. Yo era entonces ministro de Educación Pública y organicé la salida de varias expediciones de niños de ambos sexos, haciéndolos acompañar de profesores españoles para facilitar la educación en el propio idioma. Estaba convencido de que era una verdadera suerte la de aquellos niños, tanto al alejarse de los riesgos de la guerra civil como de poder ser educados en el país del socialismo.¹¹

La versión oficial del gobierno franquista, repetida hasta la saciedad, hacía hincapié en que la idea de la evacuación de los niños había sido de los comunistas:

El partido comunista español propagó la necesidad de expatriar a los niños españoles residentes en aquellas zonas del territorio nacional que pudieran ser afectadas, más o menos tarde, por los avances de las tropas de Franco; aparentemente, la razón era humanitaria pero, en realidad, obedecía consignas emanadas del Kremlin con objeto de obtener valiosos instrumentos para sus planes ulteriores [...]. Este singular plan humanitario fue puesto

primeramente en práctica con el título «Gobierno Vasco» que por su aparente signo católico no podía despertar sospechas.¹²

La evolución de la guerra, con las tropas de Franco presionando cada vez más, forzó a tomar más decisiones sobre la cuestión. La evacuación al exterior de los niños organizada por las autoridades republicanas se orientó no solo a la Unión Soviética, sino a cualquier país que estuviera dispuesto a aceptarlos como medida humanitaria. Un total de 17.489 se trasladaron a Francia, 5.130 a Bélgica, 4.435 al Reino Unido y una menor cantidad a Suiza, México, Dinamarca y la zona francesa de África.¹³ En suma, aproximadamente 32.000 niños fueron evacuados de España, de los cuales una parte se convertiría en exiliados forzosos tras la finalización de la guerra. De ellos, unos 20.000 regresaron poco a poco, pero no aquellos cuyo destino había sido Rusia. Stalin fue firme al respecto al afirmar que no volverían nunca a la España de Franco. Según el investigador Ramón Salas Larrazábal, más de 130.000 niños murieron víctimas de la contienda española, lo que, al menos en parte, justificaría la bondad de la decisión de alejar a los menores de la guerra, aunque con ello se perdiera una baza política para presionar a la opinión pública internacional a favor de la República, como ha ocurrido en otros conflictos posteriores.¹⁴

La primera expedición a la URSS de que tenemos constancia, a pesar de que algunos autores la pasan por alto, tiene lugar el 17 de marzo de 1937, con la salida de 21 niños desde Cartagena en el buque *Gran Canaria* hacia Odesa. En esta prueba pionera, viajaban hijos de pilotos republicanos y de líderes del PCE, como, por ejemplo, Amaya y Rubén, los hijos de Dolores Ibárruri. Unos días más tarde, el 21 de marzo, zarpa de Valencia hacia Leningrado, pasando por Yalta, el buque *Cabo Palos*, cargado con 72 niños (algunos hablan de 75) procedentes la mayoría de Madrid, aunque también había valencianos, alicantinos, malagueños y almerienses que se encontraban de colonias de verano en el Mediterráneo. La tercera expedición —la primera que parte del norte de España— abandona Santurce (Bilbao) el 13 de junio de 1937. Lo hace cinco días antes de que caiga la ciudad vasca en manos de las tropas franquistas y en medio del bombardeo del puerto, a bordo del buque *La Habana*, con un total de 4.500 niños. El barco llega a Burdeos (Francia), donde 1.495 niños, la mayoría vascos, son reembarcados en el buque francés *Sontay*, con destino Leningrado. Los acompañan 72 profesores, educadores y auxiliares y 2 médicos. Hay que esperar hasta septiembre para que se organice la siguiente expedición. La cuarta se concentra en el puerto de El Musel (Gijón), días antes de que la ciudad sea ocupada. El carguero francés *Deri-*

guerina parte el 24 de septiembre con otros 1.100 niños, casi todos vascos, santanderinos y asturianos —muchos de ellos huérfanos— junto con 40 educadores. Sale con la intención de dirigirse a Burdeos, pero es interceptado por el crucero nacionalista *Almirante Canarias*, por lo que tiene que desviarse al puerto francés de Saint-Nazaire. Algunos niños desembarcan y otros son trasladados al buque soviético *Kooperasiia*, que zarpa con destino Londres. Allí, una parte, cerca de la mitad, es transbordada de nuevo, en este caso en el *Félix Dzerzhisky*, con destino, una vez más, Leningrado. Sobre la última expedición hay cierta confusión. Los datos recopilados apuntan a que a finales de julio de 1938 salen de Cartagena, todavía en manos republicanas, unos 30 niños, en su mayoría hijos de aviadores, hacia Barcelona. Allí se unen más jóvenes procedentes de Aragón y el Mediterráneo, hasta alcanzar los 300. En cuatro autobuses parten hacia Francia. Cruzan la frontera y en tren se trasladan a París y desde la capital francesa llegan al puerto de El Havre, donde embarcan en el *Félix Dzerzhisky* para dirigirse a Leningrado.

De acuerdo con los datos recopilados, la mayoría de los niños que salieron de España eran varones (más de 1.676 frente a unas 1.200 mujeres) de edades comprendidas entre los tres y los quince años, aunque alguno pudo falsificar su fecha de nacimiento. Partieron niños solos o con hermanos, huérfanos, hijos de líderes políticos y de obreros, de padres que simpatizaban con los partidos de izquierda, siempre que presentaran una autorización firmada por uno de los progenitores o tutores. Por ello, a su regreso a España a mediados de los años cincuenta, estos niños de la guerra tenían edades comprendidas entre los 23 y los 35 años.¹⁵

En la Unión Soviética los recibieron con grandes honores y desde un principio les dieron un trato especial. Privilegiado, reconocerían muchos. Un recibimiento que no olvidarían nunca. A partir de entonces fueron distribuidos en las llamadas «casas infantiles»*,¹⁶ por diversas zonas del

* Las casas se numeraron según se iban abriendo para acoger a los recién llegados. Once se encontraban en distintas ciudades de la Federación Rusa y cinco en Ucrania. A excepción de cuatro, las demás estuvieron ubicadas a las afueras de las grandes ciudades, en parajes bellos y campestres. En algunos casos fueron instaladas en antiguas residencias de la nobleza o edificios de instituciones que fueron rehabilitados. Durante la guerra mundial, algunas tuvieron que ser evacuadas a la retaguardia. La casa de Pravda fue la primera en abrirse. Estaba situada a unos 100 kilómetros de Moscú, en un lugar llamado Krasnovidovo («Precioso» en ruso), a orillas del río Moscova. Había sido la casa de los sindicatos y constaba de varios edificios. Contó con 435 niños y, para cuidarlos y educarlos, había 297 empleados soviéticos y 22 españoles. Su director fue Nicolai Panshin. Poco después de iniciarse la guerra, aquellos que iban a cursar Formación Profesional fueron trasladados a Leningrado, donde compaginaron las clases con prácticas en las fábricas de

país, sobre todo en los alrededores de Leningrado,^{*} ¹⁷ en el norte; en la capital, Moscú, y también en el sur, en la zona de Crimea. Estos centros escolares, en total dieciséis, donde se les enseñaba una mezcla del plan español y soviético, se abrieron entre 1937 y 1938 y funcionaron hasta los años cincuenta, cuando muchos pasaron a la universidad, otros a escuelas técnicas y los que no valían para estudiar se pusieron a trabajar en fábricas e industrias pesadas. Bajo el férreo control del Partido Comunista Español y las autoridades soviéticas, los niños fueron educados sin olvidar el idioma y la cultura españoles. En total, se abrieron once casas infantiles en la Federación Rusa y otras cinco en Ucrania que dependían oficialmente del Comisariado del Pueblo para la Enseñanza,[†] aunque los dirigentes comunistas españoles —en una primera etapa, Fernando Claudín—,[‡] ¹⁸

la ciudad. Los que se decidió que fueran a la universidad permanecieron en su mayor parte en la capital moscovita. Más tarde, esta casa volvió a moverse hacia la retaguardia y se trasladó a la aldea de Privolzhskii, en la región de Sarátov.

* En Leningrado y sus alrededores había cuatro casas de niños. Los números 8, 9, 10 y 11. La primera, en la calle Tverskaya n.º 11, tenía 124 niños, más 51 empleados rusos y 11 españoles, bajo la dirección de Vera Tafilova. Fue una de las últimas en ser evacuada, en marzo de 1942, y en las condiciones más duras, por tener que realizarse en invierno, antes del deshielo del lago Ladoga y bajo el ataque de las tropas alemanas. La segunda se encontraba en Prospekt 25, Oktiabria 169. Tenía 195 niños y contaba con 95 empleados rusos y 17 españoles. Su director era Matvei Molotnikov. Los números 10 y 11 se encontraban en la ciudad de Pushkin —calle Kollinskaya y bulevar Oktianbriskii n.º 43, respectivamente— con 59 y 80 niños. Las dos tenían directoras: la 10 estaba a cargo de María Matskevich y la 11 de María Zubrevich.

† Las casas infantiles representaron una segunda casa para estos niños que, junto con sus educadores y cuidadores, intentaron reiniciar su vida en un ambiente híbrido. Por una parte, eran reflejo de la sociedad soviética de su tiempo y de sus vicisitudes —hambre, frío, guerra, etc.— pero, por otro, nunca se abandonó en ellas el recuerdo y el modo de vida españoles. Aunque adoptaron el sistema educativo soviético, que constaba de diez cursos, se mantuvo la enseñanza del castellano y la historia de España. A pesar de que siempre gozaron de una atención especial por parte de la Cruz Roja, los sindicatos y el PCUS, en la mayoría de los sentidos representó una experiencia muy parecida a la que tuvieron muchos niños soviéticos de esa época. La única e importante excepción en su educación radicó en que «se trató de acercarlos a la cultura rusa, pero evitando su asimilación». La consigna general fue educar a los niños españoles como españoles, quizá por eso muchos quisieron regresar a España aún en época de Franco, a pesar de lo que ello representaba desde el punto de vista político e ideológico. A partir de 1939, las decisiones que afectaban a los niños se acordaban con los dirigentes del PCE que eligieron Moscú como ciudad de exilio y luego se evacuaron a Ufá ante el avance alemán: José Díaz, Dolores Ibárruri, Enrique Líster, Juan Modesto o Jesús Hernández, el ministro de Instrucción cuando se decidió la evaluación de los niños a la URSS.

‡ Nacido en Madrid en 1915, Fernando Claudín ingresó en 1933 en las Juventudes Comunistas y enseguida participó activamente en el proceso de su unificación con las Juventudes Comunistas en unión de Santiago Carrillo, con quien colaboró estrechamente en

mantuvieron siempre una supervisión muy estrecha sobre su funcionamiento y la evolución de los niños.

El inicio de la segunda guerra mundial tuvo un efecto devastador en la comunidad española. Todas las casas infantiles tuvieron que trasladarse lejos del avance alemán, en muchos casos detrás de los Urales o en el Cáucaso, y un importante número de niños empezaron a trabajar o se alistaron en el Ejército Rojo cuando Stalin lo permitió. Los mayores, más comprometidos, buscaron con ahínco vengar la derrota de la guerra civil y se incorporaron rápidamente en las Fuerzas Armadas soviéticas, tanto en el ejército regular como en brigadas especiales del NKVD.* Su

la Junta de Defensa de Madrid. Tras el final de la guerra civil, formó parte de la secretaría del PCE que dirigía Vicente Uribe y, junto con Pedro Checa y Togliatti, organizó el paso del partido a la clandestinidad y aseguró la evacuación de cuadros en los últimos días de la guerra. En noviembre de 1947, Claudín y Uribe fueron los jueces del proceso de depuración que se efectuó en Moscú dentro del partido. En 1954, tras el V Congreso del PCE, el llamado «sector joven» (Carrillo y Claudín) mantuvo una lucha política y sucesoria con los más veteranos, representados por Dolores Ibárruri y Uribe. En febrero de 1956, la Pasionaria lo invitó a asistir al XX Congreso del PCUS, que inició el proceso de desestalinización propugnado por Jrushchov. En el pleno del Buró Político del PCE que se celebró en Bucarest, en abril y mayo de 1956, Ibárruri pactó con los jóvenes y forzó la caída de Uribe. Nombró entonces a Carrillo secretario general del partido, convirtiéndose Claudín en su más estrecho colaborador. Tras el VI Congreso (1960), formó parte del Comité Central y sus dos órganos más importantes, el Comité Ejecutivo y el Secretariado. Sin embargo, a los pocos años, Claudín y Carrillo comenzaron a diferir respecto a la política a seguir, diferencia que terminó con su expulsión del partido en 1964 junto con Jorge Semprún. En 1975, una vez fallecido Franco, regresó a España y formalizó su vinculación al PSOE, que lo designó director de la Fundación Pablo Iglesias. Murió en Madrid en mayo de 1990.

* El Comité del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD, por sus siglas en ruso) fue el organismo gubernamental responsable de la seguridad interna de la URSS entre 1934 y 1946. A lo largo de su historia sufrió numerosas reorganizaciones de funciones y estructura. Su director más poderoso fue Laurenti Beria, quien, entre 1938 y 1941, asumió las responsabilidades del espionaje y contraespionaje civil y militar, interno y externo. El NKVD denunció, persiguió, torturó y asesinó cuando fue necesario a todos los considerados enemigos del Estado. También fue responsable de todos los campos de detención, incluyendo los de trabajos forzados conocidos como «gulags», y de asesinatos políticos, ejecuciones extrajudiciales y deportaciones masivas. Los agentes del NKVD no solo fueron verdugos, sino también se convirtieron frecuentemente en víctimas de sus propias purgas. En 1941, las secciones especiales del NKVD responsables del contraespionaje militar pasaron al Ejército y la Armada y fue renombrado como NKGB. Tras la invasión alemana, en 1941, los dos organismos (NKVD y NKGB) se reagruparon de nuevo. En 1946, los comités soviéticos fueron bautizados como ministerios y el NKVD pasó a denominarse Ministerio de la Seguridad Interna (MVD). Durante la guerra civil española, los agentes del NKVD, bajo la dirección de Alexander Orlov (conocido como «Schwed»), actuaron junto con el Partido Comunista Español para controlar políticamente a la Se-

contribución destacó sobre todo por los que se integraron en unidades guerrilleras que operaban con extremo peligro en la retaguardia alemana y también en la Fuerza Aérea, donde se alistaron algunos de los pilotos que había acumulado una gran experiencia de combate en la contienda española.

gunda República y a sus principales líderes civiles y militares. Durante la contienda, establecieron numerosas prisiones secretas (checas) en Madrid y otras ciudades españolas, donde torturaron y asesinaron a aquellos que consideraban traidores o enemigos, entre ellos Andrés Nin, secretario del Partido Obrero Unificado Marxista (POUM), de tendencia trotskista. El NKVD también organizó el asesinato en México de Trotski —principal enemigo político de Stalin— a través del comunista español Ramón Mercader. Durante la segunda guerra mundial, unidades del NKVD llegaron a contar con 54 divisiones y 28 brigadas, en las que estuvieron encuadrados centenares de españoles, que fueron utilizadas para detener desertores en la retaguardia y en combates directos contra el Ejército alemán.